

Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México

Ignacio Sánchez Rolón

EDMUNDO O’GORMAN dijo una vez que la historia debe escribirse como espejo de la vida, como reflejo de las mudanzas de la consciencia humana, donde el ser humano no sea expuesto como víctima del destino.¹ Las instituciones están compuestas por individuos, y no actúan como entidades con consciencia propia. Los programas y políticas podrán trascender más allá de la vida de las personas, pero fueron los individuos quienes en conjunto gestionaron, aplicaron y repensaron los programas que dieron paso a las instituciones, les dieron forma. No se pretende afirmar que la historia sea una cuestión de personalidades, pero no es posible comprender ciertos procesos históricos, especialmente la historia de las instituciones, sin conocer a sus actores.

En *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*, Daniela Spenser elabora una historia de la Internacional Comunista en México, de la formación del Partido Comunista en México y la relación de éstos con el poder y el sindicalismo mexicanos. Su investigación se nutre de fuentes documentales de archivos de Rusia, Holanda, Estados Unidos y México. De éstos, destacan los fondos soviéticos del Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política y del Archivo de la Política Exterior de la Federación Rusa, de cuyas fuentes recabadas se publicó hacia 2006, en coautoría con Rina Ortiz, una antología documental que se relaciona estrechamente con la obra aquí presentada y cuyo título es prácticamente homónimo: *La Internacional Comunista en México: los primeros tropiezos*.²

El libro de Daniela Spenser se compone de 6 capítulos donde se intercalan fotografías de personajes y escenarios conforme van siendo mencionados a lo largo del texto. En

las primeras fotografías aparecen Rosa Luxemburgo, Sen Katayama, Enrico Ferri y Georgi Plejanov en 1904 durante el Congreso de la Segunda Internacional en Ámsterdam; en otra de 1920, Máximo Gorki, Vladimir Lenin, Gregori Zinoviev, Manabendra Nath Roy y Charles Phillips —estos dos últimos procedentes de México, pese a que uno era indio y el otro norteamericano— en San Petersburgo, junto a varias fotografías del Segundo Congreso del Comintern celebrado en ese año. Las fotografías de los capítulos siguientes corresponden a Nath Roy, a Sen Katayama en su juventud y madurez, a Lous Fraina y a unas pocas imágenes del movimiento sindicalista mexicano de los primeros años de la década de 1920, junto a las fotos de José Valadés y de Alfred Stirner, entre otros, fundadores de la Federación de Jóvenes Comunistas. Desde una primera vista al texto, el gran número de personajes mencionados en la obra justifican la inclusión de un índice onomástico; sin embargo, las publicaciones y organizaciones que se mencionan, así como ciertos temas que se abordan una y otra vez en todo el libro hubieran merecido un índice analítico.

La obra inicia con la conformación del Comintern tras el triunfo de la Revolución de Noviembre de 1917. El primer capítulo bien puede ser comparado con un libro de texto, debido a que aborda aspectos generales en el desarrollo del Comintern, los primeros dos congresos, la fundación de la Internacional Sindical Roja —o Profintern—, los cambios en las políticas conforme la tesis de la inminencia de la Revolución Mundial se iba volviendo cada vez más lejana, así como el acercamiento a las llamadas naciones semicoloniales y coloniales, es decir África, Asia y América Latina, para promover el comunismo y la descolonización.

Este capítulo no sólo proporciona al lector no especializado un acercamiento al tema que se desarrolla en el libro; también permite a la autora establecer los elementos necesarios para comprender su hipótesis. El primer punto es que el carácter internacionalista del movimiento comunista impidió en los primeros años de la Unión Soviética, comprender la realidad así como las condiciones particulares de los demás países de Europa, y muy especialmente, de Asia, África y América Latina. El segundo punto es que la organización centralizada del Comintern, donde los rusos desempeñaban un papel preeminente, provocó el rechazo de los socialistas locales de países como Estados Unidos y España que veían en la adhesión al partido comunista una sujeción a las directrices políticas de la Unión Soviética. Ese argumento hasta cierto punto fue cierto, debido a que ante la represión hacia los movimientos comunistas en Europa y Estados Unidos, así como el estado de guerra civil y aislamiento en la cual se encontraba la Unión Soviética, el Comintern tuvo que adecuar sus políticas y recomendaciones hacia los partidos adherentes de acuerdo a los intereses de la agenda diplomática rusa para asegurar tanto la supervivencia propia como la de la Unión Soviética. El tercero y último punto desarrollado en el primer capítulo es que el predominio de sindicatos anarquistas y reformistas, así como su trayectoria de lucha y organización de las masas trabajadoras, dificultó la formación de sindicatos comunistas y su asociación con los partidos comunistas.

Estos elementos explican el contexto internacional en el cual se desarrolló la Agencia Americana del Comintern, su relación con el sindicalismo mexicano y la fundación y refundación del Partido Comunista durante los primeros gobiernos revolucionarios en México. En el segundo capítulo la autora explica la presencia de extranjeros, especialmente norteamericanos, en la formación del movimiento comunista en México. A diferencia de Estados Unidos, donde existía un partido socialista con relativa presencia, en México predominaban los anarquistas, que participaban en la organización de los trabajadores, y no facilitaron la inserción del comunismo. Aunque inicialmente hubo una identificación entre ambos procesos revolucionarios, los sucesos de los primeros años de la Unión Soviética cambiaron la opinión de los anarquistas mexicanos, pasando de una postura a favor a una crítica al modelo soviético en formación y toda forma de relación con organizaciones emanadas del Comintern. Las referencias y comparaciones entre los procesos fundacionales del partido comunista, sus primeros años, así como del movimiento obrero en Estados

Unidos y México, son elementos constantes en el libro de Daniela Spenser.

En ambos países la constitución de un partido comunista fue accidentada, y las pugnas internas derivaron en que durante los primeros años existieran tanto en Estados Unidos como en México dos partidos comunistas a la vez; partidos conformados por un puñado de miembros, confrontados entre sí y con poca presencia de trabajadores. En el caso de México, tuvo que existir un consenso entre los diferentes grupos —anarquistas, socialistas y reformistas— para conformar un partido socialista sin que ello implicara una transición directa a la fundación del partido comunista. De hecho, fue un grupo escindido del Partido Socialista —ya que no todos querían formar un partido comunista— el que se conformó tanto al Partido Comunista de México como al Partido Comunista Mexicano; uno dirigido por el norteamericano Linn Gale y otro por el mexicano José Allen, respectivamente.

La autora explica cómo la coincidencia en el tiempo de dos procesos históricos, la revolución mexicana y la rusa, llamó la atención de intelectuales socialistas norteamericanos, quienes entraron en contacto con ambos procesos. John Reed, Lincoln Steffens y John Kenneth Turner, separadamente, defendieron la revolución mexicana en la prensa norteamericana.³ Daniela Spenser sostiene que esta defensa de los intelectuales, así como la solidaridad de los sindicatos norteamericanos como el International Workers of the World (IWW) —donde los *wobblies* tenían presencia en las zonas portuarias y petroleras del Golfo de México— y la American Federation of Labor (AFL) con la Revolución Mexicana generó un clima propicio para todo intelectual que llegara a México, siempre y cuando defendiera la revolución. Muchos de éstos desempeñaron actividades periodísticas en las secciones inglesas de diarios capitalinos e incluso Linn Gale, publicó *Gale's Magazine*, donde incluía artículos a favor del gobierno carrancista a cambio de papel.

La persecución de los socialistas y comunistas por parte del gobierno de Woodrow Wilson en 1919, alentó el éxodo de militantes socialistas a México. Por ello, cuando Mijail Borodin llega a México a finales de 1919 proveniente de Estados Unidos, contribuye a la fundación oficial del partido comunista a partir de cuadros de extranjeros residentes en México, donde uno de los pocos mexicanos cuya presencia destacó fue José Allen, primer secretario general de uno de los dos partidos comunistas ya mencionados y cuyo grupo recibió el apoyo de Borodin para enviar delegados a San Petersburgo. A su vez, durante la celebración del Segundo

Congreso de la Internacional Comunista, la presencia de delegados representado a México y de periodistas norteamericanos socialistas como Reed y Fraina, impulsaron el interés del Comintern por establecer la oficina Americana en México.

Una de las fuentes a las que recurre la autora para reconstruir el papel de los actores que participaron directamente en la organización de la Agencia Americana y de la refundación del Partido Comunista, han sido las memorias autobiográficas escritas por muchos de los actores que incidieron directamente. A lo largo de los tres capítulos siguientes, la autora construye el testimonio de cada uno de estos actores, si bien se centra en los que la autora llama los *soldados de la revolución mundial*: Charles Phillips, Louis Fraina y Sen Katayama. A diferencia de lo que podría suponer una galería de personajes prominentes, Daniela Spenser presenta a sus testificantes de modo que les permite desarrollarse a lo largo del texto. Esto es muy importante, ya que no los reduce a una mera enumeración estática de virtudes y defectos, y permite un hilo narrativo atractivo para el lector no especializado.

A diferencia del caso de Louis Fraina, cuya vida se reconstruye a partir de sus escritos, sus epístolas, la biografía escrita por Paul Buhle y las notas biográficas de Esther Corey, viuda de Louis Fraina —quien sus últimos años vivió bajo el nombre de Lewis Corey—, los testimonios de Phillips y Katayama se construyen no sólo a partir de memorias autobiográficas, ya que la autora recurre a la correspondencia y los informes hallados en archivos rusos y norteamericanos. Las fuentes epistolares permiten situar al testimonio autobiográfico dentro del momento al cual relatan, ya sea corroborando o enriqueciendo los datos que proporcionan. A su vez, Spenser elabora un cruce con las memorias escritas por otros militantes, como José C. Valadés y los capítulos referentes a la experiencia en México de Manabendra Nath Roy, quien tras su estancia en Moscú, nunca regresó a México y se enfocó en su papel como ideólogo de la revolución en Asia.⁴

En las memorias, puede verse cada testimonio visto a través de los años, a partir de la situación en la cual se encontraba el testificante al momento de escribir. La autora tiene el cuidado de cubrir este aspecto necesario para la comprensión —de modo intuitivo, ya que la autora no se aboca en teorizar sobre el modo en que abordó o construyó los testimonios— de los efectos de la memoria sobre los relatos de cada personaje. Así, es posible ver que Phillips, bajo su nuevo nombre de Charles Shipman,

analista financiero en Wall Street, escribe su experiencia como militante comunista en México y Estados Unidos, si bien participó durante unos años más en el partido comunista estadounidense hasta su expulsión en 1932, bajo el seudónimo de Manuel Gómez. Sen Katayama, como funcionario del Comintern en Moscú, muere en 1933 tras haber escrito sus memorias. Louis Fraina, defenestrado por sus camaradas del Partido Comunista de América, en 1923 se convirtió en Lewis Corey y se estableció en Nueva York como comentarista y conferencista en temas económicos.

En el texto de Spenser, resulta meritorio el rescate que hace la autora del papel de Sen Katayama, veterano sindicalista y socialista japonés, viajero incansable, quien durante siete meses estuvo encargado —junto a Phillips y Fraina— de la Agencia Americana del Comintern y de la Oficina Panamericana de la Internacional Sindical Roja. Aunque existe una biografía de Katayama escrita por Hyman Kublin —a la cual, Spenser recurre en muy pocas ocasiones—, las memorias de Katayama, escritas originalmente en japonés, se hallan disponibles en una traducción rusa. Al leer el apartado donde se cuentan los primeros años de Katayama en su natal Japón, el lector puede darse cuenta de las erratas de la edición rusa, en la transcripción de los nombres y toponímicos japoneses.

Spenser desarrolla el doble papel de los cominternistas enviados a México. Por un lado, consolidar el Partido Comunista y por otro, lograr la adhesión del movimiento obrero a la Internacional Sindical Roja. Para ese entonces, la postura del Comintern había cambiado con respecto a la idea de la inminencia de la revolución mundial. No significaba que se negara su posibilidad, sino que los partidos comunistas de cada país se mantuvieran en la escena política para cuando se gestara la revolución. Esto implicaba matizar las posturas mantenidas antes frente a los anarcosindicalistas y reformistas, al buscar la cooperación —tanto en lo político como sindical— o la transformación de organizaciones sindicales existentes hacia el comunismo mediante la participación de militantes comunistas al interior de éstas. Sin embargo, la insistencia del comité central en subordinar los sindicatos a los partidos comunistas generó problemas para atraer a las masas obreras organizadas.

El capítulo cuarto aborda la situación existente en el movimiento obrero mexicano hacia la llegada de los cominternistas. Ante la amenaza de creación de sindicatos comunistas en el continente, la AFL —de tendencia unionista conservadora— liderada por Samuel Gompers buscó la creación de la Panamerican Federation of Labor (PAFL), y uno

de sus primeros acercamientos fue con la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), dirigida por Luis Napoleón Morones. Paradójicamente, como afirma la autora, esto aceleró la creación de la Central General de Trabajadores (CGT), a partir de cuadros escindidos del cromismo que desaprobaron tal asociación.⁵ Aunque la CGT contaba entre sus miembros una mayoría con tendencias al anarcosindicalismo, los miembros de la Profintern en México vieron la oportunidad de integrar objetivos comunes que llevaran a la adhesión al proyecto comunista.

La autora explica la efímera asociación de febrero a septiembre de 1921 entre los anarquistas y comunistas en México a través de la CGT, la cual se adhiere provisionalmente a la Internacional Sindical Roja, mas no se sujeta a las directivas del partido comunista. A raíz de esto, los cominternistas contaron con la colaboración de sindicalistas con experiencia, como los españoles José Rubio y Sebastián San Vicente, el norteamericano M. Paley—seudónimo de Herman Levine— y el mexicano Jesús Díaz Ramírez, quien fue enviado a Moscú como delegado de la CGT. La ideologización de las masas trabajadoras se apoyó en una labor editorial coordinada por Katayama, quien se encargó de la edición de folletos y del semanario *El Trabajador*.

La permisividad del gobierno mexicano frente a las actividades de los miembros del comintern en la CGT llegó pronto a su fin, al deportar a casi todos los extranjeros en mayo de 1921, con excepción de Katayama. A decir de Daniela Spenser, debido a su experiencia en la clandestinidad, Sen Katayama no fue encontrado por las autoridades a pesar de que la embajada estadounidense tenía conocimiento de su presencia debido a que José Allen actuaba como informante. Al abordar la deportación de los extranjeros ligados al Comintern, Spenser refiere anécdotas como la de la esposa rusa de Charles Phillips, quien se presentó con la policía para convencerlos de su peligrosidad, y así ser arrestada junto a su marido; arresto que no consiguió, pero le fue permitido estar a su lado y ser deportada junto a él. O la de José Allen, quien a pesar de ser ciudadano mexicano y colaborador de la embajada norteamericana, debido a su apellido fue deportado junto a los otros.

A partir de julio de 1921, el trabajo del Comintern es dirigido por Katayama y Louis Fraina, quien llega a México a principios de ese mes. El capítulo se concluye con la visión de Katayama de las actividades de la CGT en estados como Tamaulipas, Veracruz y Puebla, así como el

intento de acercamiento con el Partido Socialista del Sureste y su líder, Felipe Carrillo Puerto. La búsqueda por unir a las masas trabajadoras bajo la bandera comunista se cruza con la necesidad de consolidar un partido. Pero la relación entre la CGT y los comunistas se deterioró rápidamente. En septiembre de 1921, en un congreso donde la CGT expulsó a la Confederación de Juventudes Comunistas de su seno y prohibió a sus miembros colaborar con la Internacional Sindical Roja, se rompió la posibilidad de atraer el movimiento obrero a la causa comunista. Si bien en los meses previos al congreso de septiembre se conformaron algunos cuadros



Hermenegildo Martínez

sindicales comunistas, su minoría limitó su trabajo en la CGT y el movimiento sindical nacional. A causa de este tropiezo, las últimas acciones de la Agencia Americana de la Comintern en México se enfocaron a la refundación del partido comunista mexicano, como dice la autora, aún después del cierre de este organismo.⁶

Si se compara el cuarto capítulo con los sucesivos, puede considerarse a éste como el clímax de la historia, o dicho en mejores términos, el gran tropiezo de la Internacional Comunista en México. La autora dedica su quinto capítulo a la refundación del partido comunista y al cierre de la Agencia Americana del Comintern. Sen Katayama deja México con rumbo a Moscú en octubre de 1921, y la autora rescata las impresiones de Katayama sobre el movimiento sindical en México, así como la comparación entre los movimientos comunistas de México y Estados Unidos. Spenser incluye las opiniones de Katayama sobre el proceso de construcción nacional revolucionario y sus manifestaciones en diversos aspectos, especialmente el de las artes populares y las fiestas cívicas. A partir de los escritos de Katayama, la autora explica la incapacidad de Katayama para comprender el

contexto del México revolucionario durante la década de 1920. Katayama partía desde una perspectiva ideológica que veía en el nacionalismo y la exaltación de las tradiciones populares elementos reaccionarios, incompatibles con un verdadero proyecto progresista.

Tras la salida de Katayama, la agencia queda a cargo de Louis Fraina, ayudado por Jesús Díaz Ramírez, José Valadés y Alfred Stirner. Charles Phillips regresó a México en noviembre de ese año y colaboró en la publicación de *El Trabajador* varios meses, hasta regresar en 1922 a Estados Unidos. La autora relata el viaje de Díaz Ramírez al congreso de la Internacional Sindical Roja y cómo Fraina se apoya en él para el proyecto de refundación del partido comunista. La autora relata los últimos días de Katayama, Phillips y Fraina, finalizando con una crítica al texto de José Allen, quien bajo el seudónimo de P. García escribe en 1922 una historia sobre los primeros años del partido comunista. Ahí, Spenser cuestiona puntualmente lo afirmado por Allen, quien en el momento de la publicación, fue marginado por sus compañeros comunistas, bajo la sospecha de estar coludido con autoridades estadounidenses, lo cual con el tiempo se descubriría que era cierto. Allen pretendió reivindicar su protagonismo tergiversando algunos sucesos, los cuales la autora se preocupa en recalcar, debido a que el texto de Allen fue usado acriticamente como fuente para muchas obras referentes a los primeros años del comunismo mexicano, de cuyos autores menciona por ejemplo, a Alejo Lens y Pablo González Casanova.⁷

El último capítulo, que la autora titula como epílogo, es una mezcla de conclusiones y narración sobre lo que sucedió con el partido comunista mexicano tras la salida de los miembros de la Agencia Americana del Comintern. La afirmación de la autora sobre la incapacidad de los cominternistas para comprender en toda su complejidad los procesos por los cuales México atravesaba, así como la lucha de los obreros y su inclusión dentro de la estructura de poder del gobierno revolucionario, no sólo se apoya en lo expuesto a lo largo de la obra, sino que también explica el cambio en el programa del partido comunista mexicano comprendido en este capítulo.

Spenser explica cómo el Partido Comunista Mexicano (PCM), al mismo tiempo que en la Unión Soviética se construyen las relaciones con el campesinado, tuvo acercamientos con el movimiento agrarista, especialmente en Veracruz y Michoacán. El PCM colaboró con el gobierno de Plutarco Elías Calles y algunos gobernadores estatales, como Heriberto Jara y Adalberto Tejeda en Veracruz. Durante

las rebeliones delahuertista y escobarista, los comunistas se ponen del lado del gobierno federal. Si bien esto permitió que líderes comunistas se pusieran al frente de grupos de agraristas armados por el gobierno federal, esto no significó que pudieran llevar a cabo rebelión alguna. Los comunistas mexicanos seguían la consigna del Comintern de tener presencia en los estados y municipios, y en puestos clave del gobierno en la relación con obreros y campesinos. Así como su fracaso en la relación con los sindicatos, las ligas campesinas optaron por el acercamiento gubernamental, rompiendo lazos con los comunistas en el momento en que le resultaron inconvenientes.

Estos primeros años del PCM revelan a un partido que empieza a enfocarse en distintos frentes sociales. Al mismo tiempo muchos de sus miembros, que carecían de un bagaje teórico que les permitiera comprender a profundidad el comunismo, empiezan a tomar clases de marxismo con el secretario de educación de la CROM, Vicente Lombardo Toledano. La creación de nuevas organizaciones comunistas a nivel internacional como la Liga Antiimperialista de las Américas y el Socorro Rojo Internacional, atrajo a artistas e intelectuales como Tina Modotti—autora de la fotografía que engalana la portada del libro— y el grupo de los pintores, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero, quienes integraron un sector importante al seno del PCM. Diego Rivera accedió al Comité Central del PCM en el Congreso de abril de 1923. La creación del sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores permitió la publicación de *El Machete* en 1924, el cual con el tiempo sustituyó al desaparecido *El Trabajador* como órgano del PCM.

La autora también refiere el papel del embajador ruso en México, Stanislav Pestkovsky, en la organización del Socorro Rojo Internacional, organismo solidario a perseguidos políticos y cuya filial mexicana participó desde las protestas en favor de la liberación de Sacco y Vanzetti en Estados Unidos, denuncias contra la persecución política en Perú y Venezuela, a la solidaridad con Nicaragua durante sus elecciones presidenciales. La autora explica cómo todavía existió un núcleo dentro del movimiento sindical afín al PCM, a través de los líderes ferrocarrileros Valentín Campa y Hernán Laborde y esto se tradujo en una solidaridad del partido al movimiento ferrocarrilero. El apoyo de Pestkovsky a las huelgas de los ferrocarrileros en México en 1926 lo llevó a su expulsión del país.

Para el final de la década de 1920, la relación entre el Partido Comunista Mexicano y el Gobierno fue deteriorándose rápidamente. Aunque el PCM intentó participar en las

elecciones de 1929 a través del Bloque Obrero y Campesino, el gobierno de Portes Gil inició una represión contra los comunistas. Mandó fusilar a Guadalupe Rodríguez, líder campesino comunista que a pesar de su apoyo al gobierno federal en Durango durante la rebelión escobarista, fue considerado sedicioso. Expulsó a los miembros extranjeros del PCM, como Tina Modotti y mandó encarcelar a casi toda la plana mayor del partido. Curiosamente, la autora se centra en la represión durante los últimos años de la presidencia de Portes Gil, más no menciona el rompimiento de relaciones con la Unión Soviética y si éste acto se relacionó con la política adoptada por el gobierno mexicano a finales de la década de 1920.

Daniela Spenser logra, al escribir este capítulo con múltiples referencias a personajes y procesos locales relacionados con la primer década de vida del PCM, abrir un abanico de sugerencias para futuros trabajos monográficos, desde la perspectiva regional o local. Si bien la autora menciona trabajos sobre el agrarismo veracruzano y el movimiento ferrocarrilero, el desequilibrio entre las fuentes de primera mano provenientes de los ya citados archivos rusos y trabajos sobre los temas mencionados por Spenser en su libro, llevan al lector a preguntarse qué tan extensivamente han sido abordados estos temas por la historiografía actual. Esto conlleva a otra pregunta: de qué manera, las fuentes aportadas por Rina Ortiz y Daniela Spenser, producto de su labor documental en Rusia, pueden enriquecer la comprensión e incentivar la investigación de estos capítulos de la historia del movimiento obrero y campesino, así como del comunismo a nivel local.

Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México, de Daniela Spenser, es un texto necesario para comprender los primeros años del movimiento comunista mundial en su inserción al contexto mexicano en plena formación de un Estado nacional revolucionario y el choque entre dos proyectos que buscaban la incorporación de las masas campesinas y obreras a los órganos de gobierno, es decir, la revolución mexicana y la revolución rusa. La hipótesis de la autora sobre la visión internacionalista de la revolución comunista inminente como un obstáculo con el cual los comunistas tropiezan una y otra vez en intento de organizar y difundir el comunismo en las masas obreras y campesinas, se reitera una y otra vez a lo largo de la obra. Esta visión se convierte en una constante durante todo el texto, mas la autora tiene el cuidado de no presentarlo como una determinante ni como un elemento inmutable en el desarrollo de su libro.

Daniela Spenser aborda las transformaciones de esta visión tanto desde el Comité Central del Comintern, como la Agencia Americana y el Partido Comunista Mexicano. El contacto con la realidad los impele a ir modificando las premisas de las cuales partían, si bien la autora revela la dificultad para generar estos cambios, aún cuando en algunos episodios que relata Spenser se actúa con absoluto pragmatismo.

Tal vez la crítica que puede hacerse al trabajo de Spenser sea que ante la insistencia por comprobar su hipótesis en cada capítulo de la obra, no permite al lector descifrar el modo como se construyó la hipótesis misma. Probablemente la causa de esto fue que la autora optó por privilegiar el aspecto narrativo, si bien cuidó la crítica y el análisis de fuentes. El lector se ve obligado a leer detenidamente para así intuir los elementos teóricos y metodológicos usados por Spenser, si no quiere crearse la idea de que se encuentra ante una historia descriptiva.

La forma como la autora construyó testimonios a través del cruce entre la correspondencia, los informes y las memorias autobiográficas es quizá, un elemento metodológico notorio que no debe pasar desapercibido —si las fuentes se lo permiten— para cualquier investigador interesado en la historia a través de actores sociales y políticos. Sin embargo, el aporte más interesante del libro de Spenser es la invitación a repensar la historia del comunismo en México y sus regiones, su relación con gobiernos locales y estatales, con campesinos y obreros en aquellos lugares donde los cominternistas y miembros del PCM vieron oportunidad de unirse a los trabajadores de México.♦

Daniela Spenser, *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*, México, CIESAS, 2009, 302 pp.

Notas

¹ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”... en *Tu tienes la palabra*, Guadalajara, Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz, Universidad de Guadalajara, año II, no. 5, enero-junio 2005, p. 14.

² Rina Ortiz y Daniela Spenser, *La Internacional Comunista en México: los primeros tropiezos*, México, INEHRM, 2006.

³ Daniela Spenser, *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*, México, Publicaciones de la Casa Chata, 2009, pp. 71-75.

⁴ *Idem*, pp. 106-107.

⁵ *Idem*, pp. 161-165.

⁶ *Idem*, pp. 194-196.

⁷ *Idem*, pp. 230-237.